

Cuadernillos de Poesía Colombiana

19

José Eustasio Rivera

Ediciones de la Revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

José Eustasio Rivera

Difícilmente se encuentra en la literatura americana un acento más poderoso y viril que el de José Eustasio Rivera, ese "esposo de las criaturas vegetales" como le llamó Rafael Maya, en frase admirable y precisa, que sitúa en plano de valores estéticos el poder sugestivo de su canto, su fiera actitud de fuerza primitiva y su encumbrada ascensión a los más señeros toques del idioma.

Nadie como él supo los secretos fonéticos de la lengua ni descubrió el peso y medida de las palabras. Fué Rivera un intuitivo genial que dejó, al morir, dos obras imperecederas, como insólitos monumentos que atestiguan el paso de un hombre glorioso en el desarrollo de las letras. "La Vorágine" y "Tierra de Promisión" bastan para exaltar no sólo a un país sino a una época floreciente, de clara magnificencia. El renacimiento tuvo artistas cuyos nombres han llegado hasta nosotros por un lienzo o una medalla en relieve que narra las gestas de un guerrero. La calidad vence la cantidad y el valor intrínseco de una producción es más alto que una serie inmotivada de creaciones que responden a una finalidad distinta a la del arte esencial y puro.

Después de "La Vorágine" no han resultado más que imitaciones afortunadas en que el hombre juega un papel más importante que el paisaje. "Tierra de Promisión", en cambio, no ha tenido continuadores: este antifonario de la tierra y del hombre, como elementos fundamentales, permanece insular como esas pinturas de Altamira que ponderan la eternidad de la belleza, aún dentro de sus bárbaras delineaciones técnicas. Si "La Vorágine" le sirvió al autor de las "Meditaciones Suramericanas" para darle al lector europeo una visión más o menos deslumbradora del trópico, los sonetos de "Tierra de Promisión" revelan cuán hondo y sensual es el mundo animal y botánico de la pampa amazónica. Rud-

yard Kipling, en sus libros de la selva, no tiene pasajes más dolientes que los que fijó Rivera en sus páginas, ni Whitman, en "Las Hojas de Hierba", escenas más desgarradoras y patéticas que las que cuentan la vida de los caucheros, la marcha de las tambochas, la soledad de los llanos y la aspe-reza maligna que destilan los ríos genésicos.

Toda producción de Rivera es poética. O mejor epopéyica. Altamente efusiva como las odas de Píndaro. A veces adquiere tal perfección colorística y rítmica que uno comprende, al fin, de manera objetiva, el campo que media entre la palabra como música y la palabra como signo riguroso. Hay en sus sonetos reminiscencias heredianas. La arquitectura de "Tierra de Promisión" recuerda los versos de Herrera y Reissig, construídos a soplete, como anillos de una cadena perdurable. Se advierte en ellos la juntura de las partes, dice un escritor nacional, así como en ciertos monumentos advertimos la línea de superposición de las piedras, sin que esto dañe a la unidad general, ni rompa la tesura de los planos, bruñidos por la boca del día como las rodillas de un ídolo.

José Eustasio Rivera, en el marco de la literatura patria, no tiene paralelo ni segundo. Con él empezó una etapa de producción que desgraciadamente no ha tenido sucesores porque en Colombia los mejores ingenios se pierden en el periodismo, la política y la empleomanía pública. En otra región más definida habría constituido una escuela de grandeza nacional, de auténtica exaltación patriótica. El caso de Bernardo Arias Trujillo, singular como el de Rivera, confirma plenamente la aseveración de nuestra potencialidad literaria diluída en una mar de mezquinas aspiraciones literarias....

El muestrario que presentamos de "Tierra de Promisión" es un mensaje de Colombia a los poetas de América que luchan por un ideal telúrico, que constituye, al fin y al cabo, la máxima voluntad de un pueblo cuya cultura, todavía, se confunde con las raíces de los árboles.

JORGE LUIS ARANGO

●

José Eustasio Rivera nació en Neiva, el 19 de febrero de 1889, y murió en Nueva York el 28 de noviembre, de 1928. Fué, sucesivamente maestro de escuela, abogado de la Universidad Nacional, miembro de la Cámara de Representantes y diplomático. Su lema pudo ser el de Goethe: "Yo amo a aquel que desea lo imposible".

●

La Selva

La selva de anchas cúpulas, al sinfónico giro
de los vientos, preludia sus grandiosos maitines;
y al gemir de dos ramas como finos violines
lanza la móvil fronda su profundo suspiro.

Mansas voces se arrullan en oculto retiro;
los canales conciertan moribundos flautines
y al mecerse del cámbulo florecido en carmines
entra por las marañas una luz de zafiro.

Curvada en el espasmo musical, la palmera
vibra sus abanicos en el aura ligera;
mas de pronto un gran trémolo de orquestados concertos

rompe las vainilleras!... y con grave arrogancia,
embriagado con su propia fragancia,
como un león, revuelve la melena en los vientos.

El Indio

Cuando ya su piragua los raudales remonta,
brínca el indio, y entrando por la selva malsana,
lleva al pecho un carrizo con veneno de iguana
y el carcaj en el hombro con venablos de chonta.

Solitario, de noche, los jarales trasmonta;
rinde boas horrendos con la recia macana,
y, cayendo al salado, por la trocha cercana
oye ruido de pasos... y al acecho se apronta.

Ante el ágil relámpago de una piel de pantera,
ve vibrar en lo oscuro, cual sonoro cordaje,
los tupidos bejucos de feroz madriguera;

y al sentir que una zarpa las achiras descombra,
lanza el dardo, y en medio de la brega salvaje
surge el pávido anuncio de un silbido en la sombra!

La India

Amorosa y fecunda como el monte nativo,
en la hamaca se mece bajo frescos palmares;
o tendida en las pieles de lustrosos jaguares
la perfuman los vientos del sonoro cultivo.

Acendrando la magia de su ardiente atractivo,
en el cuerpo se pinta voluptuosos lunares;
y en sus sienes, al ritmo de los raros collares,
juegan lánguidas plumas su reflejo más vivo.

Afligida, en la loma, con los senos desnudos,
la sorprenden las noches esperando al indiano
que en las chambas acecha los tapires membrudos.

Y hacia allá, mientras siente despertar los sinsontes,
ve que algún meteoro rasga el éter lejano
como lívida flecha que ilumina los montes.

La Pesca

La resaca se extiende como fino damasco
donde brillan los oros de la luz que despunta;
y aquí, bajo las frondas que el gradual descoyunta,
pescadores alegres machacando barbasco.

Y de las atarrayas al ruidoso chubasco,
bocachicos y pejes, el pavón, la corunta,
van boqueando dispersos... pero el agua los junta
y la fila plateada se recuesta al peñasco.

Irguiendo, moribunda, las aletas dorsales,
rasga la sardinata los sonoros cristales;
y cuando se voltea bajo el rayo del sol,

se enciende, como un cirio, el rubí de la escama,
y entre peces flotantes, esa trémula llama
contagia las espumas de un matiz tornasol.

La Caza

Entre el eco iracundo de ladridos violentos,
sobre un rastro de dantas va la ronca jauría,
por raudales trementes, por la chamba sombría,
revolcando los montes y mordiendo los vientos.

Son mis perros, veloces y de sangre sedientos,
que iniciando, furiosos, su carrera de un día,
pronto al sol alcanzaron en la azul serranía
y en las sombras hundieron los hocicos sangrientos.

Ya de noche, sacuden la maraña tupida;
dan medrosos aullidos; a la danta rendida
le devoran el vientre con titánica brega;

y al tornar, silenciosos, por las breñas oscuras,
perfumando sus pieles, todo el monte les riega
una gran tufarada de piñuelas maduras.

El Crepúsculo

Un crepúsculo inmenso la imponencia realza
de este río letárgico que en los montes se interna;
van silbando los bogas una música tierna
y a sentir el paisaje, me reclino en la balsa.

Entregado a la brisa mi cabello se alza;
en el agua un reflejo con las sombras alterna,
y en el seno purpúreo de la linfa materna
formo círculos amplios con mi planta descalza.

Al pasar bajo un palio de flexibles guaduales,
le disparo a una ardilla, que en los turbios cristales
viene a dar, desgalgada de las trémulas frondas;

listo un pez reluciente la sepulta en el charco,
y al momento una guadua, doblégándose en arco,
afligida se queda santiguando las ondas.

La Montaña

Perfilando sus moles sobre el dombo infinito,
la montaña, de dorso colosal, se columbra;
y la triple ringlera de picachos alumbra
con luceros, sus torres de vetusto granito.

De repente los vientos se despiertan al grito
del cóndor, y ofuscando la lejana penumbra,
un volcán, sobre el sueño de los montes, encumbra
su penacho flamante con rumor inaudito.

Mitológico, entonces, al reflejo remoto,
como blanco castillo de opalinas almenas,
un nevado levanta su pináculo ignoto;

y al bruñirlo la luna con temblores de argento,
hacia allá, por encima de las cumbres serenas,
como una nube blonda vuela mi pensamiento.

La Gruta

Bajo nevadas moles la gruta nunca vista,
como un templete, al rayo lunar se tornasola;
y entre pilares truncan la estalagmita sola
deslumbra los silencios con lampos de amatista.

Se ve radiar el ónix en la saliente arista;
y cuando el ámbar mueve su moribunda ola,
abriendo en las arcadas espléndida aureola
proyecta el arco iris su vacilante lista.

Sobre el barranco, un ciervo vivaz se sobresalta
y hacia la azul caverna la pronta oreja tiende;
con pávidos resoplos, en ágil curva salta,

y el casco, hiriendo el tímpano de gualda y de jacinto,
parte el cristal, que rueda retiñidor, y enciende
en ópalos fugaces el sordo laberinto.

La Noche

En la estrellada noche de vibración tranquila
descorre ante mis ojos sus velos el arcano,
y al giro de los orbes en el cénit lejano
ante mi absorto espíritu la eternidad desfila.

Avido de la pléyade que en el azul rutila,
sube con ala enorme mi Númen soberano,
y alta de ensueño, y libre del horizonte humano,
mi sien, como una torre, la inmensidad vigila.

Mas no se sacia mi alma con la visión del cielo:
cuando en la paz sin límites al Cosmos interpelo,
lo que los astros callan mi corazón lo sabe;

y luego una recóndita nostalgia me consterna
al ver que ese infinito, que en mis pupilas cabe,
es insondable al vuelo de mi ambición eterna.

Inspiración

De pie, sobre la cúpula del farallón lejano,
mi espíritu con toda la inmensidad confina;
y abriendo al infinito su clámide argentina,
la inspiración se tiende sobre la luz del llano.

Y avanza, y a los giros del vuelo soberano,
del horizonte surgen, en serie paulatina,
palmeras y vacadas, el río, la colina,
y sigue ante mis ojos creciendo el meridiano.

Todo lo ví! Y entonces el pensamiento mío
estrecha halló la atmósfera y el ámbito sombrío.
Mas en el propio instante que mi rebelde anhelo

soñó violar los soles salientes de otro mundo,
desde la pampa intermínima vino un viento iracundo
y elevó, con gran ruido, mis dos alas al cielo.

Crepúsculo

Revestido con púrpuras de ocaso,
voy, bajo un cielo de vibrante domo,
como un rajah, sobre el paciente lomo
de un tardo buey de elefantino paso.

Franjada nube de mullido raso
copia en las charcas su extenuado cromo;
y las llanuras, de color de plomo,
se van muriendo al resplandor escaso.

Del buey solemne el asta inofensiva
con los celajes últimos se aviva;
bórranse las palmeras suplicantes,

y lleno de feliz presentimiento,
como los Magos, en la noche errantes,
hacia la estrella del confín me oriento.

La Palmera

Con pausados vaivenes refrescando el estío,
la palmera engalana la silente llanura;
y en su lánguido ensueño, solitaria murmura
ante el sol moribundo sus congojas al río.

Encendida en el lampo que arrebola el vacío,
presintiendo las sombras, desfallece en la altura;
y sus flecos suspiran un rumor de ternura
cuando vienen las garzas por el cielo sombrío.

Nafragada en la niebla, sobre el turbio paisaje
la estremecen los besos de la brisa errabunda;
y al morir en sus frondas el lejano celaje,

se abandona al silencio de las noches más bellas,
y en el diáfano azogue de la linfa profunda
resplandece cargada de racimos de estrellas.

Paisaje

Bajo el sol incendiario que los miembros enerva
se abriga el estero como líquido estuco;
duerme el bosque sonámbulo, y un ramaje caduco
pinta islotes de sombra sobre un lienzo de yerba.

El bochorno sofoca. Y en la grata reserva
de un pindal enmallado, por florido bejuco,
rumia un ciervo con vagas indolencias de eunuco
mientras lame sus crías azoradas la cierva.

Plegando los ijares, en la seca maraña,
los acecha un cachorro de melena castaña;
rápidos lo ventean y huyen por el rastrojo;

yergue el león, rugiendo, la cerviz altanera,
y humilde la montaña, por calmarle su enojo,
tiende graves silencios a los pies de la fiera.

Introspección

Soy un hijo del monte! Por su sitio más fresco
busco, siempre cantando, la sonora colmena;
y en las grutas silentes mi garganta se llena
de panales nectáreos y de almendras de cuesco.

Al salir de las ondas, con placer me adormezco
sobre las hojarascas que mi perro escarmenta,
y al través de las ramas, en mi cara morena
pone el sol de la tarde su movible arabesco.

Inspirado en un sueño de ternuras lejanas,
acaricio las flores; me coronó de lianas,
y los troncos abrazo con profunda emoción;

que después, cuando a solas mi pensar reconcentro,
busco el premio del monte, y en mi espíritu encuentro
el retoño florido de una dulce ilusión.

La Calentana

La gentil calentana, vibradora y sumisa,
de cabellos que huelen a florido arrayán,
cuando danza bambucos entristece la risa....
y se alegra el susurro de sus faldas de olán.

Es más clara que el agua, más sutil que la brisa;
el ensueño la llena de romántico afán,
y en los llanos inmensos a la luz imprecisa,
tras las garzas viajeras sus miradas se van.

Siempre el sol la persigue, la sonroja y la besa;
con el alma del río educó su tristeza
al teñir los palmares el postrer arrebol.

¡Oh, daré mis caricias a su boca sonriente,
y los vivos rubores borrarán de su frente
esa pálida huella de los besos del sol!

El Cementerio

Escueto y solo, donde el llano empieza,
se tiende el cementerio campesino;
y en la santa penumbra el vespertino
viento, suspira.... y la colmena reza.

Nadie viola su mística tristeza,
nadie! Y en el invierno peregrino
se dobla alguna cruz ante el camino
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas,
haciendo misteriosas rogativas,
se echan por calentar las sepulturas;

y, convirtiendo al cielo sus ojazos,
ven una cruz de estrellas, cuyos brazos
se abren sobre las huérfanas llanuras.

La Garza

Un guadual que rumora mientras duerme el plantío;
y en el cauce arenoso de corriente salvaje,
solitaria en un tronco donde el tumbo hace encaje,
una garza que sueña con las ondas del río.

En sus plumas de raso se abrillanta el rocío;
y a la par que escudriña, maliciosa, el paraje,
alargando su cuello sobre el limpio oleaje,
clava, inquieta, los ojos en el fondo sombrío.

Es un pez nacarino que irizándose juega
en la diáfana linfa del remanso callado;
la enemiga acechante los plumones despliega;

con asalto certero del cristal lo arrebatada,
y se eleva oprimiendo con el pico rosado
un estuche de carne guarnecido de plata.

El Caímán

Cerca del ancho río que murmura,
en las arenas que el cenit rescalda
vela el caimán, cuya rugosa espalda
parece cordillera en miniatura.

Viendo nadar sobre la linfa pura
lustroso pato de plumaje gualda,
como turbido grano de esmeralda
agrandada el ojo entre la cuenca dura.

Pérfidamente sumergido un rato
en la líquida sombra, de repente
aprietan sus mandíbulas al pato;

entonces flota la dispersa pluma,
abre un círculo enorme la corriente
y tiembla, sonrojándose, la espuma.

El Tigre

En la tórrida playa, sanguinario y astuto,
mueve un tigre el espanto de sus garras de acero;
ya venció a la jauría pertinaz, y al arquero
reta con un gruñido enigmático y bruto.

Manchas de oro, vivaces entre manchas de luto,
en su felpa ondulante dan un brillo ligero;
magnetiza las frondas con el ojo hechicero,
y su cola es más ágil y su ijar más enjuto.

Tras las verdes palmichas, distendiendo su brazo,
templa el indio desnudo la vibrante correa,
y se quejan las brisas al pasar el flechazo....

Ruge el tigre arrastrando las sangrientas entrañas,
agoniza, y al verlo que yacente se orea,
baja el sol, como un buitre, por las altas montañas!

La Nutria

Pescadora de estrellas, una nutria recata
en la noche sus ojos de fulgente berilo;
y al bucear en el cauce de recóndito asilo,
suenan el agua profunda que los cielos retrata.

Bajo círculos lentos, la furtiva pirata
se sumerge en las grutas con nervioso sigilo;
y al instante, robado del espejo tranquilo,
un lucero diluye sus temblores de plata.

Cuando al brillo del orto se encamina la estela,
hiende líquidas franjas en la débil penumbra
con su fino peluche de color de canela;

y encendiendo matices sobre el tumbo sonoro,
un lingote de nácar en su boca relumbra
como lánguida estrella de zafir y de oro.

La Mariposa

Persiguiendo el perfume de risueño retiro,
la fugaz mariposa por el monte revuela,
y en los aires enciende sutilísima estela
con sus pétalos tenues de cambiante zafiro.

En la ronda versátil de su trémulo giro
esclarece las grutas como azul lentejuela;
y al flotar en la lumbre que en los ámbitos riela,
vibra el sol y en la brisa se difunde un suspiro.

Al rumor de las lianas y al vaivén de las quinas,
resplandece en la fronda de las altas colinas,
polvoreando de plata la florida arboleda;

y gloriosa en el brillo de sus luces triunfales,
sobre el limpio remanso de serenos cristales
pasa, sin hacer sombra, con sus alas de seda.

La Serpiente

Sobre el musgo reseco la serpiente tranquila
fulge al sol, enroscada como rica diadema;
y en su escama vibrátil el zafiro se quema,
la esmeralda se enciende y el topacio rutila.

Tiemblan lampos de nácar en su roja pupila
que columbra del buitre la asechanza suprema,
y regando el reflejo de una pálida gema,
silbadora y astuta, por la grama desfila.

Van sonando sus crótalos en la gruta silente
donde duerme el monarca de la felpa de raso;
un momento relumbra la ondulante serpiente,

y cuando ágil avanza y en la sombra se interna,
al chispear de dos ojos, suena horrendo zarpazo
y un rugido sacude la sagrada caverna.

El Cóndor

En un bloque saliente de la audaz cordillera
el cóndor soberano los jaguares devora;
y olvidando la presa, las alturas explora
con sus ojos de un vivo resplandor de lumbrera.

Entre locos planetas ha girado en la esfera;
vencedor de los vientos, lo abrillanta la aurora,
y al llenar el espacio con su cauda sonora,
quema el sol los encajes de su heroica gorguera.

Recordando en la roca los silencios supremos,
se levanta al empuje colosal de sus remos;
zumban ráfagas sordas en las nubes distantes,

y violando el misterio que en el éter se encierra,
llega al sol, y al tenderle los plumones triunfantes
va corriendo una sombra sobre toda la tierra.

El Águila

Destacada en un cielo de turbia lontananza,
con taciturno porte, sobre el peñón sombrío,
un águila perínclita se envilece de hastío,
enamorada ilusa de un sol que no se alcanza.

Ella que ayer mantuvo con los vientos su alianza,
sabe que todo vuelo sólo encuentra el vacío;
y enferma de horizontes, triste de poderío,
busca en la paz el último sueño de venturanza.

Ante el astro que muere nublando el hemisferio,
siente el heroico impulso de rescatar su imperio;
mas otra vez con grave cansancio de grandeza

el ala perezosa sobre la garra estira,
e irremediabilmente desconsolada, mira
que en el azul tedioso la oscuridad bosteza.

La Paloma Torcaz

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.

Arrurrúuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,

al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... Y se apaga la luz.

Los Potros

Atropellados, por la pampa suelta,
los raudos potros, en febril disputa,
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crín revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta,
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces páran el triunfante casco,

resoplan, roncós, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento.

El Potro

El potro semental que se enlozana
de campo y sol, en caluroso brote
lanza a las yeguas del abierto lote
su relincho, triunfal como una diana.

Piafando por la estepa comarcana,
tiende la crín para que el viento flote,
enarca el cuello y al golpear del trote
vibra en el pajonal la resolana.

Radiante el ojo y el ijar convulso,
gallardas curvas en el aire traza
su dócil cola con febril impulso;

y elevando las manos placenteras,
cuando sobre la hembra se adelgaza,
fecunda las olímpicas praderas.

La Grulla

Viajera que hacia el polo marcó su travesía
la grulla migratoria revuela entre el celaje;
y en pos de la bandada, que la olvidó en el viaje,
aflige con sus remos la inmensidad sombría.

Sin rumbo, ya cansada, prolonga todavía
sus gritos melancólicos en el hostil paisaje;
y luégo, por las ráfagas vencido su plumaje,
desciende a las llanuras donde se apaga el día.

Huérfana, sobre el cámbulo florido de la vega,
se arropa con el ala mientras la noche llega.
Y cuando huyendo al triste murmurio de las hojas

de nuevo cruza el éter azul del horizonte,
tiembla ante el sol, que, trágico, desde la sien del monte
extiende, como un águila, sus grandes alas rojas.

El Jaguar

Sordo vuelo de abejas resplandece en la copa
del follaje, agobiado por el boa sombrío;
y meciendo las ramas, con procaz vocerío
se desbandan los monos en elástica tropa.

De la fértil mimbrera que los dindes arropa
gruesos gajos desgránanse cual sonoro rocío;
y en su busca, saliendo de las quebras del río,
gruñidora manada por la selva galopa.

Coruscantes los ojos y la cola rastrera,
un jaguar convulsivo tras los troncos espera
replegando los nervios de la zarpa brillante;

y con súbito golpe, bajo el salto violento,
hace presa, y al trueno del rugido triunfante
corre sobre los montes hondo estremecimiento.

La Golondrina

Tornando de la zona ultramarina,
sobre la leve ráfaga de enero,
hoy ante el muro de pajizo alero
empezó a revolar la golondrina

Trémula, en vano, con el ala endrina
roza las grietas, y, al fulgor postrero,
eleva su reclamo lastimero
en la oquedad de la ventana en ruina.

Punzada por la triste cantilena
vi que la tarde se nubló de pena;
y cuando el ave tras el bien perdido

rasgó el azul del horizonte claro
contagiada del mismo desamparo
mi alma también atardeció de olvido.

La Yunta

Grabando en la llanura las pisadas,
y ambos, uncida al yugo la cabeza,
dos bueyes de humillada fortaleza
pasan ante las tímidas vacadas.

Por el pincho las pieles torturadas
fruncen con una impávida tristeza;
y al canto del boyero, con tristeza
revuelven las pupilas agrandadas.

Mientras llora la rueda, el correaje
chirría en los cuernos, y la ruta queda
bordada, a trechos, de espumoso encaje;

y ellos, bajo el topacio vespertino,
parecen en la errante polvareda
dos tardas pesadumbres del camino.

El Ciervo

Mágicas luces el ocaso presta
al ventisquero de bruñida albura;
y junto al sol, que en el cristal fulgura,
arbola un ciervo su enramada testa.

Al yerto soplo de la cumbre enhiesta
arisco frunce la nariz oscura;
y en su relieve escultural perdura
un lampo róseo de la brava cuesta.

Súbito, en medio del granate vivo,
infla su cuello, bramador y altivo;
con ágil casco las neveras hiende,

y sobre el bloque rutilante y cano,
como la zarza del Horeb, se enciende
su cornamenta en el fulgor lejano.